



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

La suprema lealtad de un general realista: Agustín Agualongo Cisneros

Tomas Torres Peral

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento y Moral Militar

*La Lealtad constituye el más sagrado bien
del corazón humano. Séneca*

16 de enero de 2025

San Juan de Pasto es un municipio de la actual República de Colombia, cuyo nombre se debe a doña Juana de Austria, hermana de Felipe II, quien le concedió el título de ciudad en 1559. Aunque formaba parte del Virreinato de Nueva Granada, en asuntos religiosos y judiciales dependía del Virreinato del Perú, y de su Real Audiencia.

El capitán don Hernando Sánchez de Cepeda y Ahumada, hermano mayor de Santa Teresa de Ávila, fue regidor y encomendero de Pasto en el siglo XVI, y murió en esa ciudad. Sus restos mortales descansan allí, concretamente en la iglesia de San Juan Bautista.

La ciudad fue denominada «La puerta del sur», porque era el único paso terrestre para la circulación de personas, armamento y provisiones entre Bogotá y las ciudades de la Audiencia de Quito, de ahí su importancia estratégica y los correspondientes empeños de los insurgentes por conquistarla y dominarla.



*Retrato alegórico de Agustín Agualongo
por Iván Benavides*

Durante la independencia, San Juan de Pasto se caracterizó por su extrema fidelidad al rey de España, constituyendo un auténtico bastión realista, lo que le granjeó no solo la incompreensión de otras ciudades, sino lo que fue aún peor, la brutal represión contra sus habitantes tantas veces como fue necesario hasta su completa y definitiva conquista.

Los pastusos no encontraban razones para separarse del Reino de España, pues sus autoridades le garantizaban una vida de relativa tranquilidad y prosperidad, frente a la incertidumbre de la nueva clase dirigente criolla de la que, por lo general, desconfiaban. Por ello, no es de extrañar que su Cabildo

respondiera a los rebeldes en su invitación a sumarse a la independencia en abril de 2014, de una manera tan clara como rotunda

Nosotros hemos vivido satisfechos y contentos con nuestras leyes, gobiernos, usos y costumbres. De fuera nos han venido las perturbaciones y los días de tribulación» concluyendo «Con qué autoridad se han creado aquestas revoluciones, pretendiendo por la fuerza o sujetarnos o destruirnos al mismo tiempo que se decanta la libertad.

Se comprende el dicho popular que decía que «No habría libertad mientras hubiera libertadores».

En este sentido resulta de interés la obra del embajador nicaragüense Augusto Zamora, *Malditos libertadores*, en la que analiza la conducta de los «libertadores» de ayer y hoy, quienes se han valido del exitoso mito, pero mito al fin y al cabo, de los perjuicios que supuestamente supuso la época virreinal, que les sirve y les ha servido de pretexto para «esconder su culpabilidad en todos los horrores que han provocado desde el momento mismo en que tomaron el poder».

Los intentos de destrucción de Pasto por parte de los libertadores no eran temores infundados ni exageraciones apasionadas. Bolívar con su habitual y extrema crueldad con quienes no compartían sus objetivos, ante la imposibilidad de vencerlos, y mucho menos sumarlos a su causa, no dudaba en amenazarlos

Lograremos en fin destruir a los pastusos. No sé si me equivoco como me he equivocado otras veces con esos malditos hombres (...) Yo he dictado medidas horribles contra ese infame pueblo. Ya está visto que no se puede ganar, y por lo mismo, es preciso destruirlos hasta en sus elementos.

En la lucha del pueblo pastuso contra los revolucionarios y en defensa del Rey de España, brilla con luz propia un nativo de Pasto «bajito y feo» -así fue descrito al ser capturado en 1824-, nacido el 28 de agosto de 1780, que ascendió de soldado a general de brigada de los reales ejércitos de España y que terminó sus días fusilado el 13 de julio de 1824 por orden de Bolívar, hace ahora 200 años, al no haber adjurado de sus principios, de sus convicciones ni de su fidelidad al rey de España.

Juan Agustín Agualongo Cisneros nacido en Pasto, indígena para unos, mestizo para otros, ejerció inicialmente la profesión de «pintor al óleo», y todo indica que llevó una vida cómoda y tranquila hasta que el 7 de marzo de 1811, con 30 años, «sentó plaza voluntaria para servir el tiempo de la voluntad de nuestro Soberano» como soldado en la tercera compañía de Milicias del Rey de Pasto a las órdenes del capitán don Enrique de Villota.

Es de señalar que el ejército realista en aquellas fechas y lugares se encontraba compuesto por tres tipos de fuerzas: el ejército regular de la Corona en América; el ejército expedicionario, es decir, las unidades peninsulares destacadas en América y, por último, las Milicias del Rey, que eran unidades militares locales constituidas con carácter de permanencia, pero que solo se activaban cuando era necesario. Salvo en las unidades peninsulares expedicionarias, en el resto, había un enorme componente indígena, hasta el punto de que se calcula que las tropas realistas, estaban compuestas en un 80% por soldados locales. La oficialidad de las milicias era fundamentalmente criolla. Así, el padre de Simón Bolívar, don Juan Vicente de Bolívar y Ponte, fue coronel del Batallón de Milicias de Blancos Voluntarios de los Valles de Aragua, en Venezuela, y el mismo Simón Bolívar fue cadete y subalerno en el mismo Batallón, conservándose aun su hoja de servicios.

En realidad, los españoles peninsulares que participaron en las guerras de emancipación fueron muchos menos de los que se suele suponer, de manera que el grueso de las tropas realistas que defendieron la causa realista en América, estaban compuestas por numerosos indios, negros, mulatos y no pocos criollos. En *Los Realistas Criollos* del economista e historiador colombiano Luis Corsi, se explica perfectamente. Bolívar se lamentaba de ello: «La España nos ha hecho la guerra con hombres criollos, con dinero criollo, con provisiones criollas, con frailes y clérigos criollos y con casi todo criollo» y, por ello, hay suficientes razones para afirmar que aquella contienda tuvo mucha más naturaleza de guerra civil que de guerra de liberación, como algunos políticos poco informados defienden hoy.

Algo tuvieron que ver las Leyes de Indias, una legislación tan avanzada como humanitaria para aquellas fechas; al igual que el llamado «Resguardo», una institución jurídica y agraria por la que se reconocía la propiedad inalienable y comunitaria del territorio de una comunidad india, que fue adoptada por la corona española a fines del siglo XVI como medida protectora de los indígenas, y que estos vieron peligrar con la Emancipación. «Resguardo» que aún sigue vigente en la Constitución de Colombia en su artículo 286 y siguientes bajo el nombre de «Entidades Territoriales Indígenas». Resulta esclarecedora a estos efectos la obra del sociólogo colombiano Jairo Gutiérrez Ramos *Los indios de Pasto contra la República (1809-1824)*.

Tras meses de adiestramiento, el 20 de septiembre de 1811, Agustín de Agualongo entra en combate contra las tropas del ex oficial de milicias de Quito, Pedro Montufar, que invade Pasto para unirlo a su causa, pero en poco tiempo es obligado a abandonarlo. Posteriormente lucha contra las tropas de Caycedo y Cuero siendo ascendido a cabo, enfrentándose posteriormente al norteamericano Alejandro Macaulay, quien combatía a favor de los sublevados. En efecto, el 13 de agosto de 1812 se enfrenta la compañía de don Enrique de Villota, en Catambuco a las fuerzas independentistas, que son vencidas y nuestro personaje es ascendido a sargento.

Con suerte alternativa para ambos bandos, transcurre el tiempo hasta que en 1815, los realistas se reagrupan bajo las órdenes del coronel don Ramón Zambrano y Toman Popayan. En 1816 Agualongo asciende a teniente tras la victoria realista en la batalla de Cuchilla del Tambo. A partir de 1819 y cuando las tropas realistas estaban en claro declive, es cuando comienzan a destacar las acciones de guerra de Agualongo. El 22 de noviembre de 1820 derrota a los independentistas en las llanuras de Huachi y asciende a capitán.

Como teniente coronel se encuentra siendo jefe militar y civil de Cuenca, en el actual Ecuador, entregando el mando por órdenes superiores a principios de 1822. A estas alturas, la causa independentista se había impuesto en la actual Colombia, pero Pasto y su zona de influencia seguía siendo el bastión realista de siempre. Por órdenes de Bolívar, el mariscal Sucre, con ayuda del Batallón de los Rifles del Reino Unido, escribe una de las páginas más detestables de las operaciones bolivarianas y de América, en una acción que pasó a la historia como «Navidad Negra», que concluyó, en palabras del historiador colombiano Rafael Sañudo, con «el mayor genocidio ordenado por Bolívar y ejecutado por Sucre», en este caso, contra su propio pueblo al que pretendía liberar.

El 24 de diciembre del año 1822, antes de Navidad, tuvo lugar el paradigma de la inmensa crueldad de Bolívar. Fueron asesinados mujeres y niños, incluso los que

se refugiaron en las iglesias, quedando todo el pueblo regado de cadáveres. Tal orgía de sangre y de crueldad fue altamente criticada, incluso por insurrectos de relieve como el general Córdova, o el mismísimo ayudante de campo de Bolívar, O'Leary, en sus *Memorias*.

Sin embargo, los pastusos consiguen recuperarse para seguir luchando por la defensa de la causa española y de su Rey. Es a partir de entonces cuando Agustín Agualongo se convierte en el líder indiscutible de la resistencia pastusa creando una nueva milicia, escasamente armada, a base de indígenas con machetes, garrotes y lanzas, pero fuertemente comprometidos con su decisión de luchar contra los sublevados. Junto con el teniente coronel realista Estanislao Marchacano, indio pastuso, lideraron la resistencia pastusa frente a los insurrectos. Marchacano murió asesinado en 1824.

El 11 de junio de 1823 atacan a las tropas sublevadas dirigidas por el general Juan José Flores y toman nuevamente Pasto, aunque Agualongo logra, contra todo pronóstico, otra reconquista más y, como consecuencia de esta victoria, es ascendido a coronel. Tras este nuevo éxito, la milicia pastusa encabezada por el coronel Agualongo emprende una marcha de más de 200 km hacia el municipio de Ibarra, en la actual República de Ecuador. El 12 de julio de 1823 llega a dicha ciudad logrando un fuerte apoyo para la causa española. Mientras tanto, un Simón Bolívar colérico, parte veloz hacia Ibarra para acabar personalmente con la resistencia pastusa que tantos quebraderos de cabeza le estaba ocasionando. En esta ocasión, las tropas realistas son derrotadas. Sin embargo, esta derrota no quiebra la férrea voluntad de Agustín Agualongo que regresa a su ciudad natal tomada nuevamente, en su ausencia, por las fuerzas insurgentes.

El 18 de agosto de 1823, el líder pastuso reconquista una vez más la ciudad-talismán de la resistencia realista, lo que aumenta su fama de irreductible hasta límites insospechados. Después de un tiempo, el coronel Agualongo decide abandonar San Juan de Pasto en vista de la debilidad de una milicia realista notablemente mermada tras más una prolongada resistencia. Las tropas realistas se refugian entonces en las montañas de la región en lo que supondría la etapa final de la guerra de guerrillas del agonizante Virreinato de Nueva Granada. No obstante, la milicia pastusa liderada por Agualongo vuelve a reconquistar la ciudad de Pasto por última vez a mediados de mayo de 1824, tras derrotar de nuevo al ejército insurgente dirigido por el general Juan José Flores. Por esta nueva victoria se le concede el ascenso a general de brigada de los Ejércitos del Rey, sin embargo, su nombramiento llegó cuando ya había sido fusilado.

Apenas unas semanas más tarde, las fuerzas secesionistas logran tomar nuevamente San Juan de Pasto provocando la huida de lo poco que quedaba de

las tropas realistas incluyendo a su indiscutible jefe. La última batalla en la que participa Agustín Agualongo se produce a principios de junio de 1824 en la localidad de Barbacoas donde resulta herido en una pierna. El 24 de junio de 1824 fue capturado por el bando insurrecto tras la traición del antiguo oficial realista y ex compañero de armas de Agualongo, José María Obando, quien le había prometido ayudarlo en su lucha por la defensa de su causa.

Agustín Agualongo fue trasladado como prisionero a la ciudad de Popayán y se le ofreció la posibilidad de perdonarle la vida a cambio de jurar lealtad a la Constitución de la República de Colombia. Es entonces donde el general mestizo en un acto de enorme integridad y nobleza responde de forma tan escueta como tajante: «¡Nunca!»

Después de esta categórica contestación es juzgado y condenado a muerte por un pelotón de fusilamiento, aunque el supuesto juicio fue más propio de una cruel venganza que de un acto de justicia -aunque fuera en guerra- emanado del derecho de la nueva república, porque no hubo nada que se pudiera parecerse a un procedimiento judicial.

Agustín Agualongo al enterarse de su condena demandó que se le permitiera ser fusilado con su uniforme de coronel del ejército español -que solo se lo ponía para actos solemnes- ya que, como se ha dicho, nunca supo que había sido ascendido a general. El 13 de julio de 1824 se dispuso frente al pelotón de fusilamiento con su uniforme y los ojos al descubierto, pues según sus biógrafos, sus palabras fueron: «Quiero morir cara al sol, mirando a la muerte de frente, soy hijo de mi estirpe, quiero morir con mi uniforme, no me venden los ojos, quiero morir de frente».

El general Agustín Agualongo encaró los momentos previos a su ejecución con gran entereza, llegando a afirmar con solemnidad: «Si tuviese veinte vidas, estaría dispuesto a inmolarlas por la religión católica y por el Rey de España». En el último instante, cuando los fusiles del pelotón de fusilamiento habían sido cargados, gritó fiel a sus principios: «¡Viva el Rey!»

Tras la ejecución de nuestro general Agualongo, las fuerzas secesionistas siguieron preocupadas por un posible nuevo alzamiento de los pastusos. Simón Bolívar mantenía su odio irrefrenable y, a su vez, su miedo atroz al pueblo pastuso. El 21 de octubre de 1825 se encontraba en Potosí cuando escribió una carta dirigida a Francisco de Paula Santander, en la que decía lo siguiente:

Los pastusos deben ser aniquilados, y sus mujeres e hijos transportados a otra parte, dando aquel país una colonia militar. De otro modo, Colombia se acordará de los pastusos cuando haya el menor alboroto o embarazo, aun

cuando sea de aquí a cien años, porque jamás se olvidarán de nuestros estragos, aunque demasiados merecidos.

Esta terrible frase muestra bien a las claras la extrema crueldad de Bolívar con los no afectos a su causa, aunque fueran nativos americanos.

El general Agualongo se enfrentó exitosamente a los principales líderes independentistas Herrán, Mosquera, Córdova Obando, Santander y Bolívar, con fama de imbatible siendo el terror de los sublevados. Los restos de Agualongo descansaron inicialmente en la cripta de la Iglesia de San Francisco en la ciudad de Popayán, ciudad en la que fue fusilado, hasta que fueron identificados por uno de sus más insignes biógrafos: el historiador pastuso don Emiliano Díaz del Castillo Zarama, autor de importantes obras sobre Agualongo. Sus restos fueron llevados solemnemente el 11 de octubre de 1983 a la ciudad que le vio nacer, juró proteger y defender de los ataques independistas. Quedaron depositados en la Capilla del Cristo de la Agonía, en la Iglesia de San Juan Bautista.

Agustín Agualongo, conocido por su fervorosa lealtad a la Corona española durante las guerras de independencia de Colombia, sigue siendo una figura de gran respeto y veneración en la región de Pasto y su entorno. Su legado ha trascendido el tiempo, y su memoria es honrada en la actualidad. Este respeto es evidente en múltiples aspectos culturales, educativos, y conmemorativos que celebran su vida. Numerosos historiadores colombianos se han interesado por su vida y obra, mientras que, en España, por la que luchó y murió, se le tiene en un triste e injusto olvido, que tenemos el deber de reparar.

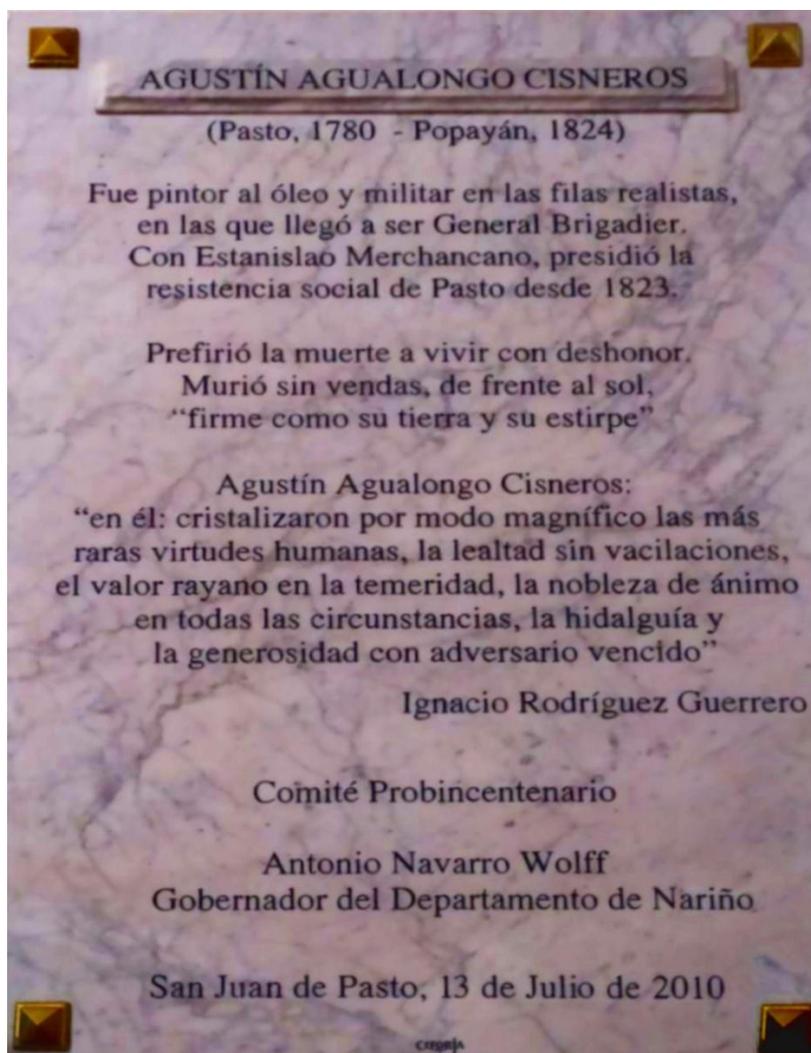
Su personalidad ha sido reivindicada incluso por el grupo terrorista M-19, como figura rebelde y consecuente con sus principios, y así, en 1987, sustrajo sus restos, aunque posteriormente fueron devueltos, en 1990, en las montañas del departamento del Cauca, en un acto simbólico. Finalmente, sus restos descansan en la Iglesia de San Juan Bautista, cerca de los de don Hernando Sánchez de Cepeda que, como señalamos anteriormente, fue hermano de Santa Teresa de Ávila



Tumba de Agustín Agualongo

En la región de Pasto, Agualongo es considerado un héroe y un símbolo de resistencia social. Su figura es frecuentemente evocada en discursos históricos y narrativos culturales, representando la lealtad, la valentía y la defensa de la propia identidad. Las celebraciones y conmemoraciones anuales en Pasto a menudo incluyen actos en honor a Agustín Agualongo, subrayando su importancia en la historia de la región.

En Pasto, varios monumentos y espacios públicos llevan el nombre de Agualongo en su honor. La Plaza Agustín Agualongo es uno de estos lugares emblemáticos donde se realizan actos y ceremonias en su memoria, que Pasto aprovecha para reflexionar sobre su contribución y reafirmar los valores de resistencia y lealtad que personificó.



Conviene destacar que, con independencia de los hechos históricos comentados, generalmente admitidos por los principales historiadores locales, el propósito de estas líneas ha sido destacar la irrefragable lealtad, que, en grado supremo,

adornaba al general Agustín Agualongo, hasta el extremo de preferir su sacrificio personal antes que quebrar su compromiso con el rey y con España. Todo un ejemplo digno de mantener en nuestra memoria colectiva «General Agualongo». ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2025